

LXVIII.
El Obispo Theofilo avergonzó á los Alexandrinos con su diosa *Mona*.

Confieso que no hay modo mejor de abatir la altanería de una nacion sabia y religiosa, que poniendole delante esta tropa de abominaciones, que otras veces adoraba. Teofilo, Obispo de Alexandria (1), determinó por este fin poner un dia à los ojos de aquel gran pueblo todos los Idolos y ridiculos monumentos que se hallaron en lo interior de un Templo antiguo. El Emperador Teodosio le habia encargado que destruyese todas las aras profanas. Hizo fundir con efecto muchos simulacros de metal, y los vació en calderas, y otros utensilios cómodos para los usos de la vida. Pero quiso que no se tocáse à la diosa *Mona*. Hizola antes poner en un lugar público para que los Paganos no osasen negar jamás quales eran los dioses que habian adorado. El Autor de la historia *tripartita* escribe esto como testigo de vista. „Yo me acuerdo, añade, que Amonio grammático, „que era Sacerdote de aquel Templo, y de quien „yo aprendi la grammática siendo muchacho, sintió esta injuria sobre todas las otras. Decia, que „nada habia llegado tan al alma à los Gantiles, como „el haber conservado, y puesto al público el Idolo „de su diosa *Mona*; por el escarnio y grita que „de alli les daban. “Esta era la razon de guardar ellos tan rigorosamente el secreto de sus religiones; y era grave sacrilegio el publicar alguna cosa de sus misterios.

LXIX.
Para humillarnos quiso Dios que se reserven algunos de los Idolos.

La providencia sabia de Dios ha hecho para un designio tan util el que se hayan conservado en diferentes Museos muchos restos de la antigua Idolatria.

(1) Socrat. lib. 5. cap. 16. Theodoret. lib. 5. cap. 22.

tría. Se guardan en nuestra edad, dice el Padre Calmet, las reliquias (1) de los antiguos dioses de los Egypcios, para documento de los objetos abominables, à quienes aquella sabia nacion daba honores divinos. En muchos se vén gravadas con un estilo bien rudo las imágenes de diferentes brutos, ó de monstruos compuestos de hombre y de bruto. Allí se vé una figura de muger, que lleva cabeza de gato: allí un cuerpo humano con un rostro y hocico de perro. Allí los bueyes, los gavilanes, los cuervos, las serpientes, los insectos vilisimos, las yerbas, y todas las otras cosas que eran dioses con exclusion del verdadero Dios, que solamente lo dejaba de ser para ellos.

Pueden verse muchas de estas abominables antiqüedades en la grande galería que nuestros Reyes Cathólicos tienen en el Palacio y Sitio Real de la *Granja*. Allí son innumerables los monumentos de la grosería, miseria, y supersticion de las naciones, que se nos dán por mas políticas, y cultas. Ocuparia otras dos ò tres galerías mas aquel amontonamiento ò almacen de Idolos, si se colocáran por lineas, clases, y con los nombres que convinieran mejor à sus caracteres. Mas aun en esto es aquel un lugar de horror y donde no hay algun orden. Allí se ven amontonadas diferentes formas de demonios disformes; unos parecen osos, otros puercos, otros perros, otros son quimeras de diferentes especies. Pareció-

LXX.
Grande galería de esto en el Real Palacio de Bal-sain.

X 2 me

(1) Calm. Dicc. Biblic. art. Idola. Servata ad nostram usque æta tem ægyptiorum Numinum reliquæ documento sunt, quid illos divinis honoribus par haberetur. Pleraque rudi Minerva expressa simulacra referebant bruta, vel symbola ex homine & bruto coalescencia. Hic caput felis mulieb. i trunco præfixum, illic caninus rictus, humana cætera, bobes, accipitres, corvi, angues, insecta vilissima, olera p a riter, religiosa omnia, & si Deo placet, Numina.

me quando los ví, que no los habian hecho manos de hombres; sino que los brutos los habian fabricado, cada uno segun su género, para hacerse adorar de los hombres, porque me acordé de un dicho de Xenophanes, citado por San Clemente de Alexandria (1), que decia, que si los leones, bueyes, y demás brutos fueran estatuarios, representaría cada uno à los dioses segun su figura.

LXXI. Alli se demuestra la grosería, y miseria del mundo antiguo.

Pero lo que nuestros ojos deben principalmente considerar sobre estos monumentos de abominacion, es la profunda ceguedad del mundo antiguo, que se habia dado captivo bajo tan horribles, frias, y pesadas divinidades. ¿Cómo un hombre de este tiempo, ilustrado con esta lumbrera que no nos ha dado otro que Jesu-Christo, en viendose en medio de aquella galería, podrá dejar de exclamar en su corazon: ¿Eran estas las deidades à quienes se dedicaban las Ciudades antiguas? ¿Fueron estos los protectores de unas naciones bravas y victoriosas? ¿Es al pie de estos monstruos y horrruras infernales donde se dan gracias por sus triunfos? Era à honor de estos pedazos de piedra figurados tan horriblemente, para lo que se quemaban los inciensos, y se mataban tantas víctimas, que se temió de Juliano, si hubiera vuelto victorioso (2), que destruyera las especies de los vivientes? ¿O son mas bien estas feas imagenes donde los pueblos abandonados à sus malos deseos pedian à sus dioses diabólicos el buen éxito de todas sus mal-

(1) Apud Clem. Alexand. Stromat. lib. 7.

(2) Ammian. Marcell. 25. Julianus superstitiosus magis, quam sacrorum legitimus observator.

dades. ¡O Padres! exclamaría otra vez Arnobio (1), como queriais dejarnos para dioses à estos monstruos asquerosos, con quienes ninguno de vosotros, ni de vuestros consanguíneos, ni amigos quisiera que tuvieran la menor semejanza ni parentesco!

§. V.

LXXII. Con todo quisieron Porfirio, y ahora Voltaire negar la existencia de aquella idolatría.

Ciertamente que si no retubieramos entre nosotros estos testigos de la antigua ceguedad y grosería de las naciones, osarian los nuevos Filósofos, cantores importunos de aquellas costumbres, negarnos la bajeza y barbaridad de su Religion. Yà Porfirio con un odio semejante à los Christianos intentó probar (2) con el testimonio de Theophrasto, que esta grosera Idolatría habia sido solamente profesada en el bajo y rudo pueblo: que los Filósofos, y los sábios tenian otra Religion mas pura: que en ella no admitian la necesidad de templos, ni de aras, ni de Sacerdotes pagados para servirlos. Estos

supremo Numen se le reconocia con una pura sion y culto: se le sacrificaban solamente las yerbas, las flores, los mejores frutos, la blanca leche de los rebaños. No se elevaban al cielo sino las manos inocentes, sin mezclar los licores, sin hacer libaciones.

Es-

(1) Arnob. advers. Gent. lib. 5. Hoscine nobis Deos importatis, infligitis quorum similes vos esse, nec alium velitis quemquam sanguinis vobis gradu vel jure familiaritatis adjunctum!

(2) Porfir. de abst. animæ. Et apud Euseb. præp. Evang. lib. 1. cap. 6. Sacra celestibus oblata sunt, non mirrhæ, non cassiæ, aut croci primitiæ; nam hæc longe postea fuerunt inventa: sed herbam viridem quasi productivam terræ virium primitiis, manibus offerentes diis offerebant. Veanse allí los discursos de Porfirio, y nada se hará nuevo en nuestros falsos Filósofos.

Este pensamiento de Porfirio se renueva hoy por los que gustan de no ser menos impíos que él. Quieren decirnos (1), que al principio no adoraban los hombres sino à los astros y à los elementos: que no interponian para eso imagenes, ni levantaban templos: que mientras no comenzaron à adorarse las almas de los Heroes, no usaron de representaciones ni de simulacros: que Pythágoras, ni los antiguos Romanos no permitian el uso de alguna figura para invocar à sus dioses: que Numa dejó en esta simplicidad à la Religion Romana; y que durante el espacio de 170. años no se vieron en sus templos ni estatuas, ni pinturas ni otra escultura. Con esto poco se atreven à llamar declamadores à los Padres de la Iglesia, quando impugnaron la Idolatría de los Romanos y de los Griegos.

LXXIII.
No importa que
fuese esto al
principio de la
Idolatría ò al
fin, si en efecto
fue.

¿Pero quién no advierte que este es un hablar ventoso y vano? Esto quisiera traerme à la cuestión del origen y progresos de la Idolatría. Mas no es aquí necesario el exámen de este artículo, que está muchas veces hecho por otros. ¿Qué le hace, que en los principios haya estado la supersticion mas ò menos cargada de este tren de Idolos, si en efecto lo vino à estar mas tarde ò mas temprano, y las naciones se postraron delante de ellos? Contra la evidencia que tenemos de estos hechos en los Museos y galerías citadas, ¿qué Sophista se atreverá à argumentar? ¿cómo negará la existencia de esta grosera impiedad, que anegó à todo el orbe?

Los Filósofos (nos dirán) no se abatieron à ese culto. Unos espíritus tan sabios y tan elevados no pu-

(1) Dictionair. Philosoph. artiel. Idolatrie.

podieron ser sumergidos en ese diluvio. Pero yo haré ver en disertacion particular quan estremada y débil fue la supersticion de aquellos Filósofos antiguos, que parecian *espíritus fuertes*, ò Atheistas. ¿Quán dados à los Idolos, à las observancias vanas, à los talismanes, y al uso de todos los hechizos!

Y para que el culto sea grosero y brutal, ¿qué importa que se dirija por medio de imagenes, ò se invié directamente à unos objetos torpes, y de todos modos indignos de la adoracion? El Idolo es nada, dice (*) San Pablo. El crimen nace del objeto à quien por su medio se adora. El mismo Júpiter, tal como ellos se lo representaban en su idéa, era un incestuoso brutal; y se le invocaba, para que ayudáse al logro de otras tan deshonestas empresas (1). Mercurio era invocado, sin estatua ò con ella, como el dios que ayudaba à los robos, y daba pies veloces para correr à ellos. Quasi del mismo modo se invocaba à Laberna para que diese ligereza de manos al cometer el hurto (2). A Venus, sin que hubiese necesidad de estatuas, se le imaginaba como à una famosa prostituta, y se creía que con nada se le agradaba tanto como con las acciones deshonestas. A trueque de prostituírle en una fiesta à todas sus doncellas, le pidieron y esperaron los Locrenses volver victoriosos (3). Finalmente Lucano se persuadia à que César habia tenido en su ayuda

LXXIV.
No se libraron
los Filósofos de
este oprobrio
comun.

(*) Ad Corinth. cap. 8. v. 4. Nihil est idolum in mundo.

(1) Juppiter esse pium statuit quodecumque juvaret:
Et fas omne facit fratre marita soror. Ovid.

(2) Plaut. in Frag. Mihi, Laverna, in furtis celera sis manus.

(3) Justin. lib. 21. Cum Rheginorum Tyranni Leophronis bello premerentur, Locrenses voverunt, si victores forent, ut die festo Veneris, virgines suas prostituerent.

à las Eumenides una vez que habia sido tan feliz en todos sus delitos (1).

LXXV.
Mas vil es adorar al sol que à una sabandija.

Tampoco se escusa la antigua Idolatría con replicar, que al principio no adoraban mas que à los astros. A éstos, quieren decir algunos Filósofos, que ordenaban el culto que parecian dár à los hombres y à sus imagenes: como al cielo, quando invocaban à Júpiter; al sol, quando sacrificaban à Osiris ò Apolo; à la luna, quando mentaban à Isis y Diana. ¿Pero dejaba de ser este culto aun mas ciego y bárbaro? Este argumento prueba San Agustin en todo un libro. (2).

No es menos ciego el culto que se daría à las estrellas y à los cuerpos inanimados, que el que se daba tambien à los hombres, à los brutos, y aun à los mas viles inséctos: porque quanto estos tienen alma, y espíritu de vida, son de mas dignidad que los séres materiales y muertos. Pero el prurito de adorar como à Dios à todo aquello que no era Dios, no desechaba à una parte quando ordenaba su culto à otra. Pues todas estas partes no llenaban en el corazon humano la idéa de aquel todo que no tiene partes.

LXXVI.
Se ignora quando no hubo esta carga de tantos Idolos? pruebas de la Escritura.

Y si no, digan los Filósofos de hoy, aún Porfirio, que supo mas que ellos y fue mas vecino à la antigüedad, ¿en qué tiempo se contentaban las naciones con ese culto tan puro? ¿determinen el siglo, en que las naciones conocidas en la antigüedad, no tubieron Idolos y simulacros? Tharé, septimo nieto de Noe, y Nachor ya estaban manchados con

(1) Lucan. lib. 8. At tu quos scelerum superos, quas rite vocasti

Eumenidas, Cæsar.

(2) D. Aug. lib. 7. de Civit.

semejante abominacion, no obstante, que era la familia que debia haber en el mundo mas preservada de este contagio (1). Jacob tubo algun tiempo despues que purificar à sus esposas y familiares de los mismos Idolos que habian sacado de la propria casa de Tharé (2). Quando Moysés hizo tantas prevençiones para librar à su pueblo de la Idolatría, no fue sino porque la vió dominante en el Egipto, en los Madianitas, Moabitas, Cananeos, y en todos los otros pueblos. Ya habla de toda especie de supersticion, asi de los astros, como de los elementos, como de los brutos, y tambien de los hombres (3). En un lugar del Exôdo prohibe el culto de qualquier simulacro (4), sea de objeto terrestre, ò celeste; y no solo de los animales, sino tambien de los peces. La Idolatría del becerro de oro no fue (5) sino una emulacion del culto, que habian visto los Hebréos dár en Egipto al Rey *Apis*. Los pequeños tabernáculos de *Moloc* que transportaban por el desierto, contenian el simulacro del sol ò de *Osiris* (6). Los misterios de *Beelphegor*, en que fueron iniciados por la concupiscencia de las mugeres Madianitas (7), contenian ya el culto de *Adonis*. En llegando à Chanán, mandó derribar todas las aras, quemar y talar los bosques, y disipar los Idolos y sepulcros supersticiosos (8). Estos documentos, sobre ser tan seguros, son los mas antiguos que pueden alegarse.

Tom. III.

Y

Los

(1) Josue 24. 2.

(2) Genes. 31. v. 19. & cap. 35. 4.

(3) Exod. 32.

(4) Exod. 20. 4.

(5) Exod. 32. 4. 5.

(6) Amos cap. 5. 25. 26.

(7) Num. cap. 25. 2. 3.

(8) Deuter. cap. 7. 5. & cap. 12. 5.

LXXVII.
Monumentos de
las otras nacio-
nes.

Los Autores mas viejos de los Griegos, que son Hesiodo y Homero, hablan de su Religion cargada ya de tantas divinidades, simulacros, penates, aras, sacrificios, aun sangrientos, y de víctimas humanas, que no se podrá probar por ellos este Paganismo puro, ò el *Naturalismo* que fingien los Filósofos. A Roma y á Europa vino la supersticion del Oriente con las mismas falsas divinidades, simulacros, y torpes ritos que allà se celebraban. Eusebio es de sentir, que de Egipto (1) rebosó la Idolatría à los Phenicios, de allí à la Grecia, y de aqui se derramó por las naciones bárbaras.

LXXVIII.
Fue muy grosera
la supersticion
de Numa.

Numa, cuya pureza de Religion nos quieren alabar los Pseudo-filósofos, abrazó en efecto tantas extravagancias y torpezas, que el Senado juzgó despues, que sus libros no podian tolerarse mas tiempo ni aun sepultados, y asi decretó que se quemasen luego que el boyero de Terencio los descubrió con el arado. Diga lo que le sugiera su necia obstinacion qualquiera (2) defensor de tanta impiedad. Por lo que à mí hace, añade San Agustin, me basta amonestar que las causas de los diversos ritos que escribió Numa, fueron tales que no debieron parecer delante del Senado ni del pueblo, ni aun de los mismos Sacerdotes, hechos à saber tales abominaciones.

Es ya muy tarde para que los nuevos Filósofos se levanten à cubrir las vergüenzas del Paganis-

(1) Euseb. lib. 1. præp. at. Ev. cap. 6. & 9.

(2) D. Aug. de Civit. lib. 7. cap. 34. Credat quisque quod purat, imo vero dicat quod dicendum suggesserit vessana contentio, quilibet tantæ impietatis defensor egregius. Me admonere sufficiat, sacrorum causas à Rege Pompilio Romanorum sacrorum institutore conscriptas, nec populo, nec Senatui, nec saltem ipsis Sacerdotibus innotescere debuisse, ipsumque Numam Pompilium curiositate illicita ad ea demonum pervenisse secreta, quæ ipse quidem scriberet, ac haberet unde legendi commoneretur.

nismo y su ignominia revelada à los ojos de todos los siglos. Sobre todo, ¿ cómo podrán desmentir à tanto ejército de Idolos, que aun duran para hacer la prueba mas completa de la infelicidad y malicia en que vieron sumidos todos los Imperios antiguos hasta la venida y predicacion de Jesu-Christo?

§. VI.

Digan ahora los mismos: ¿ Quien libró al mundo de este mal universal que no puede negar? ¿ Fue su Filosofia, ò la debil razon humana? pero ya sabemos que no. Solamente la Religion Christiana pudo romper aquellas tinieblas, y manifestar la falacia de los demonios, que se gozaban en paz del error de los hombres. Por esta unica y verdadera Religion, dice San Agustin (1), se pudo solamente llegar à vér claramente que los dioses de las naciones eran espíritus inmundisimos, que por la ocasion de los difuntos, ó por la hermosura de algunas criaturas mundanas lograban apartar de Dios los honores divinos, alegrandose de convertirlos à las cosas mas torpes è impuras.

Con efecto es admirable y palpable la virtud del Evangelio en quanto à la ruina de la Idolatría. Se ha cumplido y cumple à nuestros ojos lo que estaba anunciado por los Profetas para la venida de Jesu-Christo: ¿ Qué se hicieron los simulacros del Egipto? A la letra se ha verificado lo que profe-

Y 2

ti-

LXXIX.
Quién, pues, li-
bró à los hom-
bres de esta
ignominia? El
Evangelio.

LXXX.
Se han cumplido
las profecias.

(1) Id. cap. 33. Per hanc ergo Religionem unam & veram, potuit aperiri deos gentium esse inmundissimos demones, sub defunctorum ocasionibus animarum, vel creaturarum specie mundanarum deos se putari cupientes; & quasi divinis honoribus eisdemque scelestis ac turpibus rebus superba impuritate lætantes, atque ad verum Deum conversionem humanis animis invidentes.

tizó Isaías donde dice : „ Vé allí acenderá el Señor „ sobre una nube ligera , y entrará en Egipto, y à „ su vista se conmoerán los simulacros ; y el co- „ razon de Egipto se desecará en medio de él : Y „ se erigirá un altar al Señor , y éste los conocerá, „ y ellos à su Dios , y lo adorarán en aquel dia con „ hostias y dones : le ofrecerán votos y los sa- „ tisfarán (1). “ Esto mismo habian anunciado otros Profetas (2), y lo vieron efectuado aquellos Historiadores cercanos à la dichosa época del Christianismo. Observamos, dicen (3) Rufino y Paladio (4), en la Tebaida, en los fines de Hermopolis, un templo donde al sentir el arribo del Salvador, cayeron todos los simulacros en tierra sobre sus caras.

LXXXI.
El fin que segun
Eusebio, tuvo
Serapis.

Eusebio refiere lo que sucedió, quasi en su tiempo, acerca del fin del famoso dios *Serapis* y del Templo que tenia en Alexandria. No obstante que los sacerdotes paganos y guardas de aquel Templo tenian al pueblo en la persuasion, de que si alguna mano de hombre tocáse à la estatua colosal del Idolo, se caería el cielo, y se hundiría la tierra; un caballero christiano tomó una hacha, y de un golpe le llevó media cara al terrible dios. Y aunque el pueblo gritó, y temió la caída del cielo; pero vió que solo cayó la estatua y fue hecha rajas. De sus manos, pies, y cabeza, con el medio celemin de trigo que tenia encima, hicieron una sarta, asi como de los res-

(1) Isai. cap. 19. v. 1. 19. 21.

(2) Jerem. cap. 44.

(3) Rufin. lib. 2. hist. cap. 7.

(4) Palad. in Lausiaca cap. 52. Vilimus in Thebaide in finibus Hermopolis templum, in quo, ingreso Urbem Salvatore, ceciderunt omnia simulacra in faciem super terram.

restos del cuerpo de Jezabél que no quisieron los perros, y los traxeron arrastrando por toda la engañada Alexandria, y despues los quemaron con el tronco del cuerpo en el mismo lugar donde hacian los juegos públicos. „ De modo, dice el sábio Padre Granada, que como se escribe del (1) Reyno de Isboset, hijo de Saul, y del de David, que aquel cada dia iba en disminucion, y el de David en crecimiento (hasta que finalmente el Reyno de Saul se acabó, y el de David permaneció y quedó victorioso y solo); asi el Reyno del Príncipe de este mundo (que es el demonio, que en todos los Idolos era adorado) quedó destruído y aniquilado; y el de Christo estendido por el mundo; de tal manera que en tiempo del Emperador Constantino los mismos sacerdotes de los Idolos, viendose à sus dioses tan caídos, entregaban sus simulacros que tenian en gran estima y veneracion. Y à los que antes llamaban los rayos de Jupiter, sacaban por sus manos de los soterraños, y escondidos donde los tenian; y lo que antes era negado à los ojos del pueblo, y solamente concedido vér à los sacerdotes, de ahí adelante era hecho comun y despreciado de todos como cosa vilisima. Otras muchas estatuas, hechas de metales preciosos, fueron derretidas y acuñadas y hechas moneda para el provecho comun de los pueblos. Otras estatuas, hechas de cobre de muy hermosas labores, fueron llevadas à Constantinopla para hermosear la Ciudad, puestas en lugares públicos por las calles, y „ en

(1) V. P. Fr. Luis de Granada, introduccion al Symbolo part. 2. cap. 12. Vease lo mismo en Fleury histor. lib. 11. §. 33. Sæcul. 4.